

# EL DILUVIO

Diario político, de avisos, noticias y decretos

EDICION de la TARDE

Relacion: Escudillers Blancs, 8 bis, bajo. | Administracion: Plaza Real, núm 7, bajos  
Precios de suscripcion: Barcelona, 1'50 ptes. (plata) al mes. Fuera, 6 id. trim. Extranj. 9 id.

## NADAL

Único que, urgiendo, en dos horas de clase particular hace salir de un compromiso y evita el ridículo y el desaire á los que bailan mal. Ciegos Boquería, 2, entr.

### Crónica diaria.

Los vecinos de la calle de Amposta, de la barriada de Hostafranchs, quéjense con sobrada razón, de que en aquella calle hay una fuente que tendrá obstruidos los desagües y, por tal motivo, alrededor de ella se forman charcos que llegan á ser pestilentes.

Es preciso, señor alcalde, mandar hacer una inspección de aquella fuente.

Se encuentra en Barcelona Gustavo de Maeztu, muchacho complejo que vibra y se interesa por todo. Se distingue como pintor. Es un aristócrata por su trabajo, por su virtud, por su ensueño.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar á sus destinatarios:

Borjas Blancas, Ramón Dalmau, Aragón, 60; Guadalajara, Lorenzo Pastor, vapor Sotrustegui; Cádiz, Salustio González, Milán, 225; Manzanares, Hipólito ó Foriber-to, Lauria, 58; Ripoll, Juan Villanova, Banco; Rivadesella, Enriqueta Moneli, Buen-suceso, 11.

Todavía hay almas buenas que se compadecan de los que no comen. El siguiente suceso lo indica y es edificante:

Penetró ayer en una casa de comidas de la calle de Jerusalén un sujeto y, sentándose á una mesa, pidió de comer modestamente. Una vez terminada su frugal comida, dijo al dueño que no pagaba el gasto que había hecho y el dueño llamó entonces á un guardia municipal para que lo llevara. Ante el guardia el referido sujeto manifestó que el motivo de no pagar el gasto era debido á no tener dinero para hacerlo y que si había penetrado en el citado establecimiento era por pura necesidad, porque el hambre pudo más que su voluntad. Ante tal manifestación el dueño del establecimiento le perdonó el gasto y suplicó al guardia que no diera cuenta de lo ocurrido al Juzgado.

Este pobre diablo no serviría para ser concejal y el fondista mucho menos.

Se ha dirigido el siguiente telegrama al presidente del Consejo de ministros y al ministro de Estado:

El Centro Comercial Hispano-Marroquí considera que España debe posesionarse de Ifni, haciendo valer tratados con Marruecos. De no hacerlo dentro del plazo marcado por el Gobierno produciría pésimo efecto en el país, atribuyéndolo á amenazas é impertinencias de la Prensa francesa. Conviene recordar que Francia, aprovechando las dificultades de la

guerra con los Estados Unidos, firmó convenios con Marruecos en 1901 y... dar cuenta a España y prescindiendo también de nuestra nación, planteando el convenio franco-ingles de 1904, actos todos ellos hostiles a nuestros derechos, que vulneraron, prevaleciendo de la situación difícil que atravesaba nuestro país.

Confiamos en que el Gobierno desechará las baladronadas de la Prensa francesa, cumplieron la toma de posesión de Ifni antes de Octubre, manteniendo así el prestigio de la nación.

Un sujeto á quien seguramente le remordería la conciencia el no haber quemado más iglesias y capillas por la semana trágica, entretúvose, á las dos de esta madrugada, en rociar con petróleo las puertas de una capilla llamada de San Lázaro, situada en la calle del Hospital, número 144, y luego pegarlas fuego. El vigilante de dicha calle dióse cuenta del fuego, aunque no pudo ver al autor de este nuevo *fet vandalic*, y con una cubeta que halló á mano apagó el incendio. Por lo visto, no era cosa mayor y los desperfectos han sido pocos.

El desahogado incendiario no fué habido.

Con motivo de la fiesta mayor de San Gervasio los vecinos de la calle de Oñana, además de adornar dicha vía, celebrarán varios festejos los días 10, 11 y 12. Todas las noches habrá lucidos bailes que serán ejecutados por una reputada banda de música.

Relación de los objetos encontrados en los coches de los Tranvías de Barcelona, Sociedad Anónima y Compañía General de Tranvías durante el mes último, los que están en la oficina correspondiente á disposición de las personas que acrediten tener derecho sobre ellos:

Diez y seis abanicos, siete sombrillas, cinco monederos, cinco pañuelos de bolsillo, tres libros, tres madejas de seda, tres paquetes de ropa, tres impermeables, tres cajitas con parches, dos cantidades en metálico, dos paraguas, dos petacas, dos bastones, dos pulseras, dos toallas, dos paquetes de cuellos y puños, dos pares de alpargatas, dos latas de conservas, dos recibos de cuentas, un vestido, un delantal, un reloj, un pasador de corbata, un par de guantes, un saco de cobrador, una caja con placas instantáneas, una cartera con tarjetas, una carta, una caja de cristal, una botella con agua de azahar, un método de solfa, una gorra, un paquete de carbones de electricidad, un sombrero de paja, un pañuelo con una fiambarrera, un paquete con café y seis cubiertos.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar á los destinatarios:

De Córdoba, Diego Goiri; de Vitoria, Efigenio Corte de Berganza, Consejo de Ciento; de Bilbao, Pedro Font, Aragón, 356, 5.º

En la Escuela de ingenieros industriales de Barcelona se abre la matrícula oficial para el curso de 1911 á 1912 de las enseñanzas que corresponden á la carrera de ingeniero industrial. La inscripción podrá hacerse en la secretaría de la misma desde el día 16 del actual hasta el 30 ambos inclusive.

El Instituto de Barcelona para la segunda enseñanza de la mujer explicará á sus alumnas en el próximo curso los tres primeros años del bachillerato, que comprenden las materias siguientes:

1.º Gramática castellana, Aritmética y Geometría (nociones), Geografía general y especial de Europa, Caligrafía.

2.º Latín 1.º, Aritmética, Geografía especial de España, Gimnasia 1.º

3.º Latín 2.º, Francés 1.º, Geometría, Historia de España, Gimnasia.

Además, se darán conferencias y se organizarán excursiones.

### **Bolsín mañana.**

Interior, 84'07 papel; Nortes, 91'80 dinero; Alicante, 92'05 dinero.

## El azúcar en los Estados Unidos.

El consumo del azúcar en los Estados Unidos durante el último año fiscal fué mayor que en los pasados y la producción interior también aumentó considerablemente.

La cantidad consumida por el país durante el referido período de tiempo fué, según la estadística del *Bureau of Statistics of the Department of Commerce and Labor*, de 7,500,000,000 libras.

Hace resaltar el *New York Herald*, que es de donde tomamos estos datos, que solamente en dos ocasiones, ó sea durante los años 1907 y 1909, el consumo interior pasó la cifra de 7,000,000,000 de libras y únicamente durante cuatro años, 1903, 1905, 1906 y 1908, el referido consumo alcanzó 6,000,000,000.

De esas 7,500,000,000 libras la mayor parte ha sido azúcar de remolacha y las islas Filipinas contribuyeron con una cantidad mas grande que en los años anteriores.

La cantidad de azúcar enviada á los Esta-

dos Unidos por las islas Hawai durante el año fiscal de 1910 fué de 1,111,000,000 de libras, mientras que en 1908, el año que más envió, fué de 1,078,000,000.

De Puerto Rico se recibieron 569,000,000 de libras, mientras que en 1909 solamente se recibieron 488,000,000 de libras.

Las islas Filipinas mandaron 176,000,000 de libras.

La producción del azúcar de remolacha consumido en los Estados Unidos durante el mencionado año fiscal fué de 1,025,000,000 de libras, que, comparadas con la producción de 1907, que fué el año en que hubo mayor producción—967,000,000 de libras—, acusa un aumento de 158,000,000 de libras.

Por el contrario, la producción del azúcar de caña en los Estados Unidos ha disminuído, pues en el año de 1909 se obtuvieron 829,000,000 de libras, mientras que en 1910 solamente 750,000,000.

## El bigote á lo kaiser.

El bigote á lo kaiser (quién lo diría) es de origen español, habiendo aparecido por primera vez en la corte de Felipe IV y siendo este monarca el primero que se dobló hacia arriba la punta del bigote. Desde la corte española, la moda se extendió por toda Europa. Carlos I de Inglaterra y muchos miembros de la familia de los Hapsburgos la adaptaron y los soldados españoles la introdujeron en Alemania durante la guerra de los treinta años.

El bigote á lo kaiser se usó también en

Suecia y en Francia en el reinado de Luis XIV. Pasó luego la moda cuando vino la de llevar la cara afeitada, hasta que la Revolución francesa volvió á poner el bigote á la orden del día. Sin embargo, en ninguna parte, excepto en España, se ha levantado tan exageradamente el bigote como lo hacía hasta hace poco el emperador de Alemania. Nuestros antepasados, dicho sea de paso, recurrían á toda clase de medios, tales como vendas y cosméticos, para obligar al bigote á tomar la dirección deseada.

## Para cortar el cristal sin diamante

Se coge un pedazo de madera de nogal del grueso de una bujía, se afina en punta una de las extremidades y después se quema ésta hasta que se convierta en un carbón encendido. Se traza con tinta en el cristal el dibujo que se quiere recortar y después, con una lima, se hacen algunas rayas en el sitio donde debe empezarse la sección. Se retira del fuego el pedazo de madera carbonizado y se coloca la punta encima y á cortísima distancia del sitio marcado, cuidando de soplarla para conservarla encendida. Se sigue el dibujo trazado, cuidando de dejar como cosa

de media línea de intervalo cada vez que el carbón se pone sobre el cristal. Hecho esto, para separar los dos trozos no hay más que tirar arriba y abajo y se desunirán.

Todo el mundo conoce el uso de las puntas naturales de diamante para cortar el cristal. Antes de inventarse este procedimiento se comenzaba por trazar el corte con esmeril ó con una punta de acero muy dura; en seguida se mojaba la línea trazada en el cristal y luego se pasaba una punta de hierro enfroscada al fuego.

## El arte de prolongar la vida.

El doctor A. de Neuville ha expuesto los diferentes medios para prolongar la vida y, entre otros, los empleados por el norteamericano Fletcher, el fundador de la doctrina que lleva su nombre. He aquí la teoría del Fletcherismo:

Partiendo del principio de que lo que alimenta el cuerpo no es ni la cantidad ni la calidad del alimento, sino la buena condición de la digestión, reconoció que ésta, ante todo, depende de la masticación, y formuló este axioma: "Para vivir mucho hay que masticar mucho."

La experiencia le suministra los preceptos de una doctrina que tomó su nombre, el Fletcherismo, y de la que promulgó los cinco mandamientos siguientes:

- 1.º Esperar el apetito.
- 2.º Consultar el apetito en la elección de los alimentos.
- 3.º Masticar el alimento de manera como para retirar de él todo el elemento nutritivo y dejar que el bolo alimenticio baje por sí mismo.
- 4.º Consagrar á la comida todo el tiempo que reclame; nunca apresurarse; recordar siempre que se come y ocuparse sistemáticamente de esta operación, no admitiendo durante ella interrupción alguna.
- 5.º Persuadirse de que toda comida es un acto decisivo de la vida y realizarla de tal suerte que invariable y totalmente responda á ese objeto.

El mismo Fletcher observa sus dogmas con puntualidad absoluta. En consecuencia, á las pocas semanas fué completamente trans-

mado. Como si hubiese descubierto la fuente de la juventud, al poco tiempo remozó con robusta lozanía; su talle se adelgazó, perdió bastante de su peso, señalando la báscula 80 kilogramos en vez de 108. Simultáneamente, con el vigor físico, recobró la energía intelectual. El cansancio, que antes lo abrumaba cuando era muy grueso, desapareció; sintió una irresistible necesidad de andar, de volver á ocuparse de los deportes; descubrió que ya no era el mismo hombre, que sus fuerzas reconquistadas le devolvían la salud y la juventud y que, al propio tiempo, su cerebro se aclaraba; que estaba más dispuesto para los quehaceres, en una palabra, que tenía veinte años menos y podía esperar una nueva vida. Todo esto lo debía á la estricta observancia de sus mandamientos, á los que ahora queda fiel con una tenacidad obstinada, reduciendo considerablemente la cantidad de sus alimentos; pero sin condenarse al vegetarianismo y á la abstinencia ascética, sino utilizando en provecho de la digestión cuanto come ó bebe y no dejando entrar en el estómago ningún alimento que no hubiese sido masticado en la forma exigida. No queriendo beneficiar con egoísmo de las ventajas de su sistema, lo preconizó en artículos, en diarios, revistas y folletos. Empezaron por burlarse de él, después á algunos higienistas les llamaron la atención los resultados que obtenía, y, por último, ellos mismos siguieron sus preceptos.

El Fletcherismo—concluye diciendo el doctor A. de Neuville—tuvo secuaces y hoy cuenta con millones de ellos.

## El amor y la luz.

Los periódicos yanquis dan cuenta de varios procesos verdaderamente originales.

En uno de ellos se trata de que el juez resuelva si un padre de familia que encuentra una hija suya con su novio y en una habitación oscura tiene derecho ó no á echar al callejete con cajas destempladas, dando á la niña una azotaina. El señor Dayton—asi se apellida el padre—sostiene que ninguna señorita bien educada debe quedarse á oscuras con el que la galantea. Por el contrario, la esposa de Dayton afirma que el amor es tan ardiente que no necesita de iluminaciones artificiales. Fundándose en esta y otras razo-

nes, la señora de Dayton ha denunciado á su marido de infligir malos tratos á su hija inocente.

El juez ha declarado que el asunto es demasiado importante para que pueda resolverse sin largo estudio, reservándose una semana para dictar sentencia. Este magistrado es el mismo que el año pasado pronunció una sentencia estableciendo que los agentes de policía no deben perturbar á las parejas de enamorados que discurren por los paseos públicos, á no ser que su conducta atraiga un número tal de curiosos que la circulación quede interrumpida.

ecía insensible en el suelo, y, creyéndola muerta, Renatá saltó del lecho y se arrodilló junto á ella.

Giometta respiraba aún, pero presentaba en el cuello, en los brazos y en su flaco cuerpo las señales de los golpes, de la violencia sufrida.

Renatá no pensó ya en ella; colocó á la desventurada en el lecho y procuró por todos los medios reanimarla.

Por último, lo consiguió.

La idiota cuando abrió los ojos y vió á su lado á la joven, lanzó un grito de alegría.

Después, valiéndose de signos y de medias palabras, preguntó si aquel hombre que penetró en la estancia había hecho á su maestra algún daño.

—No, no; tranquilízate, ha huído y no volverá más—respondió la heroica criatura—; prométeme que no hablarás á nadie de esto.

Estaba dispuesta Renatá á que nadie supiese lo sucedido.

¿A qué divulgar su vergüenza?

¿Podía reparar el mal causado?

¿A qué denunciarle? Renatá no sabía el nombre de aquel miserable, no le había visto nunca en el país é ignoraba quién fuese.

La pobre joven sentía desgarrado el corazón, pero sus labios no profirieron ninguna queja.

Pero desde aquel momento una sombra de tristeza se dibujó en su frente y á medida que pasaban los días sus mejillas se ponían más pálidas y un ligero círculo oscuro circundaba sus bellísimos ojos.

Un día se dió cuenta de que iba á ser madre. ¡Madre!... ¡Sin que nunca sus labios hubiesen pronunciado un nombre de varón; cuando no recordaba más que una horrible lucha terminada con un golpe casi mortal!

Renatá no se desesperó; su puro y noble corazón tuvo una plegaria ferviente por la pobre é inocente criatura que palpitaba en su seno; por ella supo resistir al dolor con paciencia y con ánimo.

Entretanto no tomaba ninguna precaución y muy pronto se extendió por el país la noticia de su embarazo.

Al principio no se la prestaba fe; pero luego se comenzó á murmurar contra la joven y se llegó á decir que toda aquella apariencia de bondad era puro artificio, hipocresía; las jóvenes que la habían oído alabar por sus novios eran las que más se ensañaban con ella. Se dijo que recibía de noche á los jóvenes del pueblo, que daba citas en el bosque y, en fin, que era una miserable mujerzuela.

¿Cómo hacer callar á tanta mala lengua?

Si después de tanto tiempo Renatá relatase lo que le había ocurrido, sería creída? No había ella impuesto el silencio á Giometta? ¿Y qué podría explicar la pobre idiota, que nada comprendía?

La joven maestra ni lamentóse, ni protestó. Sufrió, pero resistió; se sentía más fuerte que el dolor, más potente que el hecho.

Así, cuando recibió la orden imperiosa de dejar su puesto, cuando se vió

echada ignominiosamente de la escuela y notó que todas las puertas se cerraban para ella, ni lloró ni maldijo siquiera al hombre que había sido la única causa de sus desventuras y al cual no había vuelto á ver más.

Se marchó del país tranquila, resignada, llevando consigo á Giometta, que parecía haber comprendido el estado de la joven y no había querido abandonarla.

Renata volvió á Milán y se fué á habitar un quinto piso de una vieja casa de Porta Ticinese.

Se encontraba en el último mes de embarazo y no podía ponerse á buscar trabajo.

Por fortuna, tenía unas 300 pesetas, que esperaba bastasen para sus más urgentes necesidades.

Y entretanto compró fajas, pañales y una cuna para la criatura que iba á venir al mundo.

Y hablaba todo el día con Giometta, que la escuchaba con la boca abierta, palmoteando cuando veía á Renata sonreír y gruñendo cuando la frente de la joven se oscurecía y sus ojos dejaban escapar alguna lágrima.

Finalmente, una noche la joven oyó el primer vagido de su hijo y olvidó los tremendos dolores sufridos, todos sus padecimientos al estrechar en sus brazos aquel cuerpecito tan bien formado, al besar aquella carita de ángel que á la infeliz madre ya le parecía que sonriese.

Era una niña, Flora, aquella que más tarde había de ser, como su madre, víctima de la brutalidad de un hombre.

Si Renata hubiese podido leer en lo futuro, quizás habría matado á su hija al nacer. Pero como no era así, la noble, la pura joven soñaba ya para su hija un porvenir color de rosa, una vida tranquila, feliz.

¡Habría sacrificado su vida por realizar aquellos sueños!

Y, en efecto, pocas niñas como Flora fueron en su infancia tan mimadas, tan idolatradas por su madre.

Y había que ver la solicitud que Giometta tenía para la niña cuando la madre estaba ausente.

Renata daba algunas lecciones particulares y las horas que éstas la dejaban libre permanecía al lado de su niña, que crecía inteligente y bella como un amor.

El continente humilde de la joven, sus modales finos, su desmesurado cariño de madre habían conquistado á la maestra la estimación de todos los vecinos.

Estos habían comprendido que se trataba de una infeliz seducida; pero como Renata soportaba tan noblemente su desgracia, se mostraba tan animosa, tan activa y adoraba tanto á su hija, la compadecían y la admiraban.

Renata fué la primera maestra de su hija, la cual la sorprendió con su viveza de imaginación, con su facilidad maravillosa para aprender.

Y el celo y la inteligencia de Flora no flaquearon nunca. También cuando fué puesta en las escuelas superiores lograba los primeros puestos.

Renata, aunque arrastraba una vida de privaciones, se consideraba feliz porque nada faltaba á su hija.

Pero un día cayó enferma y tuvo que dejar sus lecciones.

El médico manifestó que padecía anemia, debilidad general en las vísceras, y aconsejó á la enferma una vida especial, una abundante y selecta nutrición.

Era una ironía, porque ningún medio restaba ya á la pobre Renata, que se vería amenazada de morir de hambre con su hija.

La idea de que Flora sufriría privaciones era terrible para el corazón de la pobre madre.

Por primera vez la infeliz mujer perdía la confianza que tenía en sí misma y lloró lágrimas de sangre.

Giometta fué testigo de aquella muda desesperación que se resolvía en lágrimas.

¿Qué ideas cruzaron entonces por el débil cerebro de la idiota?

No se podría decir. Pero el hecho fué que Giometta se arrojó junto al lecho de su dueña, la besó las manos, hizo algunos gestos que la enferma no comprendió y se marchó resueltamente.

Renata la aguardó en vano todo el día.

Flora había vuelto de la escuela y participaba de la inquietud de su madre.

Ya comenzaban á creer que había ocurrido una desgracia á la infeliz idiota, cuando apareció ésta con el rostro radiante de alegría, llevando en un cesto un pan blanco y carne y en la mano una botella de vino.

La interrogaron, pero Giometta sólo respondió con un gruñido y enseguida fué á preparar un buen caldo á la enferma y la comida á Flora.

Desde aquel día Giometta cuidaba de que nada faltase ni á Renata ni á su hija.

¿De dónde procedía el dinero? ¿Qué hacía la idiota durante las horas que estaba ausente?

El misterio se desvaneció más tarde.

Giometta iba á mendigar para su dueña.

¡Madre é hija vivían de las limosnas que recogía la pobre idiota!

Era Giometta la que había proporcionado á Renata los medios para restablecerse y á Flora lo necesario para continuar sus estudios.

Cuando Renata lo supo lloró y besó á la pobre idiota con tanta efusión, que el corazón de ésta brincó de alegría y su rostro expresó el más loco contento.

Flora ignoró durante mucho tiempo lo que sucedía en su casa.

Renata le había dado á entender que poseía una renta suficiente para vivir y para dárle una buena instrucción y procurarle un bello porvenir.

La muchacha lo creyó.

Pero un día una vecina le abrió los ojos. La enteró de los sacrificios de su madre y del heroísmo de Giometta.

Sofocada por el dolor que la producía aquella revelación, agitada por un temblor convulsivo, Flora se acercó á su madre y se arrojó ante ella.

—¡Madre mía—exclamó—, lo sé todo! ¡Por mí has padecido hambre! Para vestirme con decencia, para comprarme libros que necesitaba, tú te has privado de todo... ¡Es horrible, horrible!

La pobre madre se estremeció.

—¿Quién te ha engañado así?—baluceó.

—No lo niegues, mamá; no lo niegues—dijo Flora mirando fijamente á su madre—. Tú trabajas para que vivamos y Giometta mendigó para nosotras cuando estuviste enferma.

Renata inclinó la cabeza. Temblaba, era presa de una emoción indescriptible.

La muchacha se animaba.

—¿Por qué ocultarme tanto tiempo la verdad?—agregó—. No soy ya una niña; he cumplido los dieciseis años y estoy en disposición de ganarme la vida. Mamá, mil veces he tenido una pregunta en los labios y no me he atrevido á dirigirtela. Pero ahora soy ya una mujer y debo estar enterada de todo lo que á tí te concierne; dime quién es mi padre...

Renata se puso lívida y se pasó las manos por los ojos y por la frente, pero no respondió.

—¿Ha sido un miserable, no es cierto?—añadió con firmeza la muchacha—. Dime su nombre.

—No lo sé—contestó Renata con voz débil.

Flora lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿No lo sabes? ¿Ignoras el nombre de mi padre?

A la sorpresa sucedía una sombra de desconfianza.

Un atroz pensamiento acudió á su mente, pero lo desechó enseguida.

No, no era posible que su madre, con aquella frente tan pura, aquella sonrisa tan ingenua, hubiese sido una de esas muchachas perdidas que se entregan al primero que las paga y cuando son madres no saben á quién atribuir la paternidad.

¡No! ¡No! ¡No!

Su madre mentía por no decir aquel nombre que ella habría maldecido.

Porque Flora no tenía el carácter tímido y generoso de Renata.

Ella no habría perdonado.

Renata comprendió, sin duda, todo lo que pasaba en el alma de su hija y, haciendo un supremo esfuerzo, dijo con voz apagada y doliente:

—No te engaño, Flora. No, no conozco el nombre de tu padre, no sé quién fuese, apenas recuerdo su semblante. Fui víctima de un horrible atentado cuyo relato horrorizaría tu alma de virgen.

Flora tenía el rostro contraído; sus ojos centelleaban.

—¡Habla, mamá, habla!

—Evítame ese horrible relato.

El pecho de la pobre mujer se levantaba con angustia; sus ojos estaban vidriosos; sus mejillas tenían una palidez de muerte.

Flora, asustada, presa de una inmensa angustia, al ver aquel gran dolor

sin lágrimas, estrechó á su madre en sus brazos y la besó con pasión, murmurando:

—Pues bien, calla, calla; no me digas nada, no te preguntaré más nada.

La muchacha mantuvo su palabra; pero si en presencia de su madre no hizo ninguna alusión al pasado, cuando estaba sola no dejaba de pensar en aquello.

¡Era, pues, e'la el fruto de un delito.

Su madre debía odiarla, puesto que su presencia la recordaba á cada instante la mancha infame que un miserab'e había impreso sobre su frente.

Y, sin embargo, ella no había leído nunca en los ojos de su madre más que inagotable ternura, la más completa adoración.

Por ella había llorado, sufrido, sacrificado su existencia, ¡Y sin quejarse nunca!

¡Oh, madre santa, adorada, qué digna era de respeto, de veneración!

Y en el corazón de Flora fermentaba el odio para aquel padre desconocido que de una santa había hecho una mártir.

La joven tenía un alma firme, extraña, á cuya fuerza debía la precocidad poco común de su inteligencia.

Flora terminó sus estudios porque comprendía que sólo después de haber obtenido un brillante título de maestra podía dar provecho á su madre.

Pero durante las horas en que Renata y la pobre idiota dormían, hacía febrilmente algunas traducciones que había obtenido por medio de su antiguo profesor de francés.

Copiaba también música, sacando al mismo tiempo ganancia y provecho.

La joven encontraba nuevas fuerzas en aquella vida de luchas y de sacrificios.

Y experimentaba una íntima satisfacción que daba una nueva aureola á su belleza, entonces en todo su esplendor.

Pero tampoco aquella satisfacción duro mucho tiempo.

Aquel año el tifus hizo estragos en Milán.

Una de las primeras víctimas de esta terrible enfermedad fué Giometta, y aunque Renata y su hija no querían abandonarla, se vieron obligadas á acatar las disposiciones de la autoridad, que, previo un certificado facultativo y una visita domiciliaria, decretó el traslado de la enferma al hospital.

La escena que se desarrolló en el instante de la separación conmovió á todos los que la presenciaron y fué fatal para la pobre Renata.

Aquella misma noche la infeliz mujer fué presa de una violentísima fiebre.

Flora estaba sola á su lado; nunca había sufrido tanto la joven como en aquellos momentos.

Su madre, en un terrible delirio, hablaba de la noche en que fué víctima de la venganza de un miserable.

Y conforme la enferma hablaba, la horrible escena se representaba ante los ojos de Flora.

La joven lo veía todo como si hubiese estado presente y su admirable

cuerpo temblaba y su bella cabeza parecía perder todo el encanto juvenil para tomar una expresión de fiera dureza.

—¡Y yo soy la hija de ese hombre!—murmuraba con voz ronca.

No lloró; pasó la noche escuchando á su madre, sin perder ni una sola palabra.

La mañana siguiente el médico manifestó que el estado de Renata era desesperado.

—¡Eso no es cierto!—exclamó Flora con ira—. ¡Yo la salvaré!

¡Pobre muchacha!

Su madre, gastada por los sufrimientos, no podía soportar la violencia de su enfermedad.

Dos días después, la enferma, en las postrimerías de su existencia, miraba á su alrededor con ojos extraviados, reconocía á Flora y, sonriendo, la tendía los brazos.

Su hija se arrodilló junto á su lecho, esforzándose para contener las lágrimas.

—¿Y Gionetta?—preguntó débilmente Renata.

—Dentro de pocos días la volverás á ver.

Era una mentira, porque Flora sabía desde el día anterior que la pobre idiota había expirado la misma noche de su entrada en el hospital.

Renata sonreía ligeramente.

—¡Dios es bueno!—murmuró.

Flora no respondió.

La enferma fué presa de un violento temblor.

—Tengo miedo de morir—dijo mirando á su hija con infinita ternura—y no quiero llevarme mi secreto á la tumba.

—Lo sé todo, mamá—la interrumpió Flora—. ¿Y tú me perdonas el ser hija de aquel miserable?

—Yo te adoro, te bendigo; como también he orado frecuentemente por que el arrepentimiento nazca en el alma de aquel hombre y Dios lo perdone.

Con mirada torva, con voz ronca por la emoción, exclamó Flora:

—¡Pero yo no perdono!

Renata exhaló un grito y, estrechando afanosamente contra su pecho á su hija, balbuceó:

—No hables así; tú no debes maldecir á tu padre.

—No lo conozco; yo no conozco más que á ti; no amo más que á tí sola, mamá, querida mamá.

La pobre Renata no pudo responder.

Aquel relámpago fugitivo de vida, de inteligencia, se había extinguido.

Entraba en la agonía.

Fué un sacerdote, pero no pudo confesarla; se limitó á administrarle la Extremaunción.

Renata expiró sin lanzar un lamento, con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos fijos en su hija y una sonrisa de ángel en los labios.

Flora, inclinada sobre ella, la contemplaba con estupor, sin poder admitir que hubiese muerto.

La parecía oír los latidos de su corazón y su respiración jadeante...

El sacerdote que había permanecido en la estancia, impresionado por el dolor mudo que veía esculpido en la pálida frente de la muchacha, dijo á ésta con voz conmovida:

—¡Animol... Su madre ruega en este instante por usted...

Flora se estremeció y dirigió al sacerdote una mirada atroz, desesperada.

—¡Quiere decirme, quizás, que ha muerto? ¡No, no es verdad! ¡Mi madre vive aún!

Y se arrojó sobre el cadáver de Renata, cubriéndola el rostro de besos,

Pero el contacto de aquellas carnes frías la aterró.

Entonces dióse cuenta de la horrible verdad y, llevándose las manos al pecho, cayó al suelo desvanecida, sin lanzar ni un solo grito.

#### IV.

El siguiente día, Flora estaba sola.

Como Renata había muerto de fiebre maligna y contagiosa, la autoridad ordenó que se la sepultase enseguida.

Ninguno de los vecinos, por temor al contagio, había entrado en aquella habitación, donde la muchacha se encontró completamente aislada.

Pero ¿qué importaba esto á Flora? La presencia de extraños le habría sido enojosa.

La joven permaneció varias horas abandonada sobre una silla, con las manos apoyadas en las rodillas, la mirada vaga, como si hubiese buscado, aguardado alguna cosa, sin saber claramente qué.

La emoción y el trabajo de su mente habían acabado sus fuerzas hasta el punto de que la facultad de su cerebro parecía paralizada.

Cuando salió de aquella postración, cuando volvió al sentimiento de la realidad, tuvo una crisis de lágrimas y sollozos. Llamó desesperadamente á su madre y pensó en morir.

Después, poco á poco recobró su equilibrio y sintió necesidad de distraerse, de estudiar, de que no le quedase de aquella desventura más que el recuerdo de su madre, su gran amor á ella, y el odio á aquel desconocido á quien debía la existencia.

La vida se le presentaba fácil; encontró cuantas lecciones quiso y habría podido así atender largamente á sus necesidades.

Pero Flora perseguía otro objeto. Aprovechando unos días de vacaciones,

la joven salió de Milán y se dirigió al pueblo de donde su madre fué ignominiosamente arrojada por el delito abominable de un infame.

La idea de encontrar á aquel hombre no se apartaba de su mente.

Flora estuvo en la escuela y fué bien acogida por la maestra, á la cual dió á entender que era una pintora de paisajes enamorada de aquellos pintorescos lugares.

La maestra era una señora de edad, algo charlatana. Seducida por la bella fisonomía de Flora, por sus modales distinguidos, satisfecha de poder conversar con una persona inteligente, á las pocas horas no tenía secretos para la joven.

—No era nada buena aquella mujer—dijo la maestra, cuando Flora la preguntó por su predecesora en el cargo.

La joven sufrió tal impresión al oír estas palabras, que estuvo á punto de descubrirse.

—¿Por qué?—preguntó casi ásperamente,

Pero enseguida se arrepintió.

¿Qué culpa tenía aquella mujer si hablaba mal de la pobre Renata? Ella sólo repetía lo que había oído decir.

En efecto, la maestra respondió:

—Me han contado que recibía á sus amantes ocultamente, y, aunque nadie les había visto entrar aquí, ello debía ser verdad, porque cuando la joven fué privada del cargo se hallaba en cinta.

Flora tenía su sombría mirada fija en la maestra.

—¿Y no fué interrogada?—preguntó.

—Sí; pero ella no se dignó nunca responder. Se marchó sin decir nada á nadie, llevando en su compañía á una muchacha idiota que decían era su cómplice.

—¿Pero los amantes que se le atribuían eran del país?

—No; porque cuando la joven se marchó negaron todos que hubiesen tenido relaciones con ella. No obstante, debió tener un amante...

Flora tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para decir:

—¿Y no pudo ser víctima de un atentado brutal? Una joven sola en esta casa aislada...

La maestra movió negativamente la cabeza.

—Si hubiese sido así, ¿por qué no lo denunció? Además, los hombres de este país son rudos, groseros, pero incapaces de cometer una infamia. Yo sé que por la señorita Renata Vergani sentían casi adoración. Dicen que era bella como una virgen.

—Otra razón para que hubiese encontrado en su camino algún seductor... y no del país.

—No vienen nunca forasteros; estamos demasiado lejos de la ciudad. Y si viene alguno, enseguida es notado.

—Al venir aquí he visto una quinta señorial que hay encima de la colina; ¿á quién pertenece?

## Una historia de juego

Hablábase de un fullero que había sido expulsado de un Círculo de París, y cada cual contaba una historia. Unicamente nuestro amigo el capitán J... no decía nada.

—Y vos, ¿quada tenéis que contar?—le pregunté.—¿No pagaréis vuestro escote?

—Si os empeñais...

—¡Ya lo creo!

—Está bien; pero os advierto que mi historia no se parece á las vuestras y que mi héroe es muy interesante.

—Tanto mejor.

El capitán encendió un cigarrillo y se puso en pie, apoyado contra la chimenea.

Formamos círculo y nos acercamos á él para oírle mejor, con esa avidez algo curiosa de los hombres, que, después de todo, no son sino niños grandes.

## II.

—Hace de esto seis años—dijo el capitán—estaba ya de guarnición en M..., un aborrido pueblecillo de un departamento insignificante. ¡Ni una distracción!

Una vez terminado mi trabajo diario, no sabía qué hacer, y á poco adquirí la costumbre de pasar la velada en el Círculo de la Unión, el único que había en el pueblo, y que se llama así sin duda porque los socios estaban siempre disputando. En general, se jugaba poco, excepto en las tres grandes fiestas del año, cada una de las cuales duraba tres días.

Una tarde de otoño, hacia el principio de una de aquellas fiestas, llegué al Círculo bastante temprano. Había allí mucha gente que yo no conocía; ricos labradores que visitaban muy raramente la población ó hidalguillos del país que apenas si abandonaban sus casas solariegas.

—Buena partidita hay hoy—me dijo un asiduo concurrente.—Esto va á ser curioso.

Me volví hacia la mesa de juego y tuve que contener un gesto de sorpresa.

El banquero era un joven de veintidos á veintitres años, á quien yo conocía de vista.

Me interesaba aquel sujeto, á quien su padre, muerto valientemente en Magenta, había dejado una fortuna escasa y un nombre respetado.

Rara vez iba al Círculo y nunca jugaba. Así, pues, me sorprendió mucho verle tener la banca y poseedor de una importante suma,

porque los billetes y los luises se amontonaban ante él.

—¿Cuánto admite la banca?—preguntó uno.

—¡Oh!—exclamó riendo un arrendatario—

M. Mertenz está de vena y puede admitir todo lo que se juegue.

El joven estaba muy pálido y se notaba en su mirada una especie de extravío.

—Banca abierta—balbuceó.

Aquello fué como una evocación á la mala suerte.

Diez veces seguidas perdió el desgraciado Mertenz.

En un cuarto de hora había saltado la banca.

Otro jugador ocupó su puesto y continuó la partida tan animada, tan apasionada que llegué á embriagarme y me puse á jugar, como todo el mundo.

No había sitio donde sentarse en torno de la mesa y permanecí en pie, teniendo en la mano mi sombrero, en donde nerviosamente iba echando mis ganancias, que aumentaban de minuto en minuto.

La partida estaba más empeñada que nunca, cuando una voz me gritó:

—¿Que os roban, capitán!

Hice un brusco movimiento é instintivamente cogí una mano, la mano de M. de Mertenz, que oprimía ya un billete de mil francos que acababa de quitarme.

El semblante del desgraciado estaba livido.

Cambié con él una mirada sola y vi removerse algo en sus ojos, agrandados en aquel momento por el espanto.

—M. de Mertenz está en su derecho—dije con mucha tranquilidad—y me sorprende que algúen se haya atrevido á lanzar semejante acusación contra un hombre como él. Estamos asociados para jugar y ha tomado el dinero que necesitaba. Esto es todo.

Las explicaciones fueron breves. El sujeto que me dió el aviso había ido por primera vez al Círculo y no conocía á M. Mertenz, á quien todo el mundo rodeaba, lamentando el desagradable incidente ocurrido por la torpeza del forastero.

Después prosiguió el juego y M. Mertenz salió de la habitación.

Pasaron tres días sin que tuviese yo noticia del joven. Era natural que no tuviera grandes deseos de verme. Al salvarle, había salvado el honor póstumo de un valiente soldado.

dado; pero, en fin, me parecía extraño que el joven no hubiese buscado un modo indirecto de manifestarme su gratitud.

Una noche, cuando me disponía á salir de casa para hacer visitas, mi asistente me dijo que una señora esperaba en la sala.

Era una mujer de cuarenta y cinco años, de semblante dulce y altivo á la vez y de mirada leal.

—Yo soy la señora de Mertenz—me dijo—; me lo ha contado todo y vengo á daros las gracias por habernos conservado intacto el honor de nuestro nombre.

—Señora...

—Mi hijo estaba locamente enamorado de una mujer que continuamente le pedía dinero. Se ha arruinado por ella... Ha jugado y ha perdido... ¡Ya sabéis lo demás!

Yo estaba verdaderamente conmovido, porque el dolor de aquella noble mujer me había emocionado.

La infeliz estaba de pie delante de mí, con sus negros ojos brillantados por las lágrimas.

—Una locura de la juventud—murmuré—. Yo veré á vuestro hijo... le refiré.

La madre movió gravemente la cabeza.

—No lo veréis, capitán. Ha sentado plaza y ha entrado en la infantería de marina. Yo no he venido á veros hasta que mi hijo ha estado ausente.

### III.

Habíamos escuchado al capitán J. sin interrumpirle. Cuando dejó de hablar hubo un breve silencio.

—¿Y el desenlace, capitán? ¿Qué ha sido de Mertenz?

—Ha muerto, señores. Hace algunos años recibí una carta de Kelung; una carta escrita en un papel ya amarillento y que contenía esas líneas:

"Estoy gravemente herido. El almirante Courbet ha venido á traerme la cruz... Pero voy á morir... Os envío mi pobre recompensa para que brille en el pecho de mi salvador."

He aquí por qué, señores, en vez de colocar en mi uniforme la condecoración que me ha dado la cancillería de la Legión de Honor, llevo la cruz del sargento de infantería de marina, Mertenz, que, después de haberse conducido como un ladrón, ha muerto en Kelung como un héroe.

ALBERTO DRIPIT.

## Tejidos impermeables.

Se pueden hacer impermeables algunas telas sumergiéndolas en una solución de celuloide en acetona, éter, acetato amílico ó otro solvente volátil. Al evaporarse el solvente queda la tela cubierta de una fina capa de celuloide que se pega firmemente á la tela. El espesor de la capa se puede aumentar repitiendo la operación ó usando

una solución más concentrada. Las telas sometidas á este procedimiento son absolutamente impermeables y pueden ser lavadas sin que absorban el agua. La ropa blanca que se ha almidonado primero y sometido luego á este procedimiento puede lavarse con agua y jabón, sin que se le quite el almidón.

## La extirpación de las malas tendencias.

Los norteamericanos son gente, en verdad, muy extraordinaria. Cada día se distinguen por sus invenciones y descubrimientos. Ha poco tuvo lugar en Filadelfia un hecho casi increíble. En dicha ciudad se extirparon, por medio de operaciones quirúrgicas, las tendencias criminales de algunos niños. Nueve eminentes médicos se reunieron para asistir á las operaciones practicadas á siete niños. Dos fueron operados en el cerebro, tres en los ojos y los otros dos en otras partes del sistema nervioso. Así, de ahora en

adelante, aquellos niños no se sentirán incluídos al robo, ni á ningún delito, con tal de que no se verifique una revolución sustancial que modifique nuevamente su estado.

Antes de ejecutar las operaciones quirúrgicas se estudió en cada niño sus precedentes de vida y sus condiciones de salud. Los médicos se interesan mucho en esta iniciativa y se cree que si las primeras operaciones dan buenos resultados se harán después en mayor escala.

# Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

## Varias noticias.

Madrid, 4 Septiembre.

En Túnez se registraron los días 31 del pasado y 1.º del corriente once casos de cólera.

El señor Barroso ha manifestado que en Santander, en la mina Anita, 350 obreros volvieron al trabajo, siendo satisfechas sus peticiones.

El general Luque visitó al señor Barroso para darle cuenta de un afectuoso telegrama del general Aldave, quien ofrece enviarle toda clase de datos antes que marche Luque a Melilla para que el viaje sea más fructífero.

El señor Canalejas ha telegrafiado al señor Barroso para decirle que, invitado por el gobernador, comieron en casa de éste él y el señor García Prieto.

El cónsul de España en Novorosisk dice que allí han ocurrido 18 casos de cólera y seis defunciones.

Cuando regrese el rey, el día 6, se firmará el nombramiento del gobernador militar de Madrid.

Ha regresado el director general de Enseñanza, señor Altamira.

Ascienden en ingenieros a teniente coronel el comandante don Manuel Rubio, á comandante el capitán don Ferrando Mejía y á capitanes los primeros tenientes don Miguel Ripoll y don Tomás Moreno Lázaro.

## DE PROVINCIAS.

**Alicante.**—Con motivo de la muerte de *Minuto II* los elementos populares visitan el cadáver. Un grupo de cigarreras dejó flores sobre el féretro. Ha producido la muerte gran sensación. Recíbense telegramas de pésame de muchos toreros. La familia ha salido de Sevilla con dirección á Alicante para asistir al entierro, que se verificará mañana.

**Murcia.**—En Cieza celebráronse los Juegos Florales, siendo reina María Ruano. La corte de amor fué brillantísima. El mantenedor, el abogado Rodríguez Valdés, estuvo elocuente en su discurso.

**Valladolid.**—En Cogeces ha habido un incendio en los montes. Las pérdidas son grandísimas.

**Coruña.**—En el campo de Estrada elevóse Lacombe con dirección á Ferrol. El recorrido fué feliz y lo efectuó en diez minutos y á 1,500 metros de altura. Al aterrizar en Ferrol evitó muchas desgracias parando el motor. El aparato deslizóse de punta, destrozándose el palo de la hélice y las ruedas. El aviador condujo el mensaje del alcalde de Coruña saludando al de Ferrol. Los vapores saludaron á Lacombe con las sirenas.

## EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Huelguistas y amarillos.---Lucha intestina.

Paris, 4 (25'15).

En Lilles Cayanes los huelguistas quisieron invadir una fábrica donde trabajaban amarillos. Estos entonces salieron á la calle y se produjo una colisión de la que resultaron dos amarillos heridos.

La gendarmería i tervino, sien o recibida por los huelguistas á pedradas y tiros.

Cinco gendarmes y veinte manifestantes han resultado heridos.

Paris, 4 (25'46).

Nueva York.—Un despacho de Méjico dice que las tropas federales mandadas por el general Morales tuvieron un encuentro con los disidentes.

La acción fué empeñada, sufriendo estos últimos 50 bajas.

## La revista naval francesa.—Comentarios.—Naufragio.

Paris, 5 (7<sup>18</sup>).

Los periódicos, sin distinción de matices, hacen notar el éxito de la revista naval de ayer, insistiendo sobre la importancia de la potencia naval francesa en las actuales circunstancias.

El *Radical* dice que la concentración de los buques de guerra franceses en el Mediterráneo demuestra la unión íntima de Francia é Inglaterra.

Entrevivado en Tolón por un redactor de *Excelsior*, Delcassé ha manifestado que todos los buques que tomaron parte en la revista pueden en un cuarto de hora estar dispuestos para el combate en excelentes condiciones.

Los periódicos de Berlín consagran largos artículos á la revista de Tolón, haciendo notar el tono belicoso de Delcassé.

*Berliner Tageblatt* dice que Fallières no ha pronunciado ni una sola vez una palabra de paz, cosa usual en los discursos de los jefes de Estado.

Lima.—El vapor *Gucapel* ha naufragado, perdiéndose por completo.

## ULTIMOS PARTES.

### Aviador muerto.

Huelva.—Detalles de la desgracia de la aviación: El aviador Luforestier voló ya de noche, al ver que se impacientaba el público, temiendo que ocurrieran desórdenes. Esperó hora y media y al fin se decidió.

Al tratar Mauvais de que desistiera de volar le contestó:

—Yo vuelo.

Cuando cayó había recorrido apenas 300 metros. El aparato quedó destrozado.

Los aviadores Mauvais y Loigorri lloraban sobre el cadáver de su compañero. Se ha suspendido la fiesta de hoy.

El aparato era invención del finado.

### El cólera.

Huelva.—Procedente de Génova ha entrado en el puerto un vapor que trae á bordo dos casos sospechosos de cólera.

Las autoridades han prohibido todo desembarque y ordenado al capitán del buque que se aleje en seguida. Como el capitán se negara á ello, se ha consultado al ministro de la Gobernación lo que debe hacerse.

Córdoba.—El inspector de Sanidad de Palma del Río comunicó á esta Inspección provincial haber asistido á una niña de cinco años que presentaba síntomas de cólera.

### Desórdenes.

Bilbao.—A primeras horas de la noche se repitieron en la calle de San Francisco los desórdenes que hubo que lamentar á medio día. Un grupo de huelguistas atropelló á un patrono que guiaba, en compañía de su hijo, un carro. Hubo palos y bofetadas y el consiguiente escándalo.

Para evitar mayores males intervinieron algunas parejas de guardias de seguridad.

Las colisiones ocurridas á primera hora de la noche en la calle de San Francisco comenzaron por la agresión contra el carretero Lázaro Vela, que se defendió á tiros.

En los primeros momentos, al ver la actitud de Vela, huyeron los agresores; pero luego salieron los huelguistas en mayor número de los portales en que estaban escondidos y consiguieron entre todos derribar al carretero y apalearlo. Momentos después, en la calle de Zubialce estaba tranquilamente un sujeto junto á la puerta de una cuadra, cuando se vió agredido por los huelguistas, que le tomaron por un carretero y lo apalearon brutalmente, hiriéndole en la cabeza.

Han resultado de los sucesos bastantes contusos y heridos.

En los centros oficiales se prestó servicio á siete heridos, entre ellos un guardia municipal.